

BEATITUD

«La gloria no es solamente conocer a Dios, sino que es, además, ser felices en ese conocimiento. Se ha solido entender que la beatitud es el sentirse feliz, la fruición. Es la vieja discusión entre Escoto y santo Tomás sobre si aquello que constituye la raíz última de la gloria es un conocimiento (según santo Tomás) o un acto de fruición, un acto de voluntad (para Escoto).

Yo me permito matizar estas dos ideas con algo más hondo y radical: es que la gloria como beatitud no consiste en sentirse feliz, en ningún caso, sino en algo infinitamente más radical. Recordemos para eso lo que la palabra *ἕδαιμονία* significaba para un griego. Un griego no llamaría *ἕδαιμῶν* a un niño, diría que está bien o que se siente bien.

Llamaría *ἕδαιμῶν* al hombre maduro, al político logrado, al hombre virtuoso, a Sócrates, por ejemplo. Hablando de los dioses, un riego emplearía un vocablo todavía más extremo: *μακάριος*, “bienaventurado”, que sin embargo Cristo aplicó a todos los pobres de la tierra.

En definitiva, la felicidad para un griego, descrita en estos términos, significa el llegar a la plenitud de forma, a aquello que formalmente constituye la *μορφή* del hombre, a aquello que es su naturaleza. Y esta forma desplegada en su plena formalidad es justamente lo que sería la *ἕδαιμονία* griega: ser en plenitud aquello que se es, en este caso, hombre.

Ahora bien, no creo que sea el caso del cristiano en la gloria. En el caso del Cristianismo se trata de una cosa completamente distinta: el que vive y muere apoderado por el poder de Dios no solamente tiende a una cosa, sino que tiene una deiformidad en sí mismo. Y entonces la beatitud en el otro mundo no consiste únicamente en estar contento, ser feliz y disfrutar.

Consiste, ante todo y sobre todo, en que se despliega en plenitud la deiformidad con la que ha entrado en el otro mundo. El hombre, en la gloria, no solamente se siente feliz por tener un Dios a quien poseer y vivir, sino por saberse a sí mismo como deiforme. Por ser un pequeño dios.

En esto que constituía, como exordio de la vida, el pecado radical de soberbia, consiste como donación por la vida y muerte de Cristo, la beatitud en el otro mundo. La beatitud consiste en ser formal y reduplicativamente deiformes en acto, en ser pequeños dioses. [...]

La repercusión de la deiformidad del ser del Yo sobre la realidad sustantiva en la gloria es justamente una resurrección. Y ahí es donde aparece el carácter del *σῶμα πνευματικόν*. Cuando me referí al *σῶμα πνευματικόν* en

san Pablo (a propósito de la resurrección de Cristo, y ahora a propósito de la resurrección de los muertos) podía parecer que uno se refiere a una especie de fantasma espiritual.

En absoluto: *σῶμα πνευματικόν* no significa un *σῶμα* que está hecho de espíritu (esto sería una especie de evanescencia fantasmal), sino un *σῶμα* que está determinado a ser cuerpo, y lo es, precisamente por un espíritu, cosa que es distinta.

Esta determinación es ser un cuerpo vivificado con vida eterna, y no animado con vida terrestre. De este cuerpo es del que decía Pablo que la eucaristía son arras y promesa. Todos resucitaremos con Cristo, porque Cristo ha resucitado, y recibimos precisamente las arras de nuestra resurrección en la incorporación al cuerpo de Cristo por el cuerpo eclesial.

Y éste es justamente el *ἔσχατον*: ser lo que libremente hemos querido ser, en aversión a Dios o en inmersión en Dios. Y la unidad de todos los hombres en la inmersión de la Iglesia es justamente el Reino de Dios en este mundo y, además, en el otro. Hemos visto de esta suerte lo que es la Iglesia en la índole estructural de su unidad, y lo que es la Iglesia en tanto que camino a una escatología.»

[Zubiri, Xavier: *El problema teológico del hombre: Cristianismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1997, p. 451-453]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten